

EL SUPREMO OBJETIVO DE LA EDUCACION

Por ÁNGEL M. MERGAL

Voy a comparar la libertad humana con otras libertades, principalmente con la política y con la civil. La libertad política es resultado y consecuencia del desarrollo histórico del ser humano. Es un logro, una hazaña, una conquista del ser humano a través del tiempo y es también una categoría de carácter social. La libertad pertenece al cuerpo político, es la libertad de todos, simbolizada en la Constitución del país, en su Carta de Derechos, y en la legislación positiva que se va estructurando, eliminando, enmendando al filo de los días y al correr de los acontecimientos.

La libertad civil, en contraste con la libertad política, es la libertad del individuo dentro de la nación. La tarea de la democracia consiste en conciliar estas dos libertades: la de todos y la de cada cual. La libertad política, en casi todas las historias nacionales, se ha adquirido por revolución, la mayor parte de las veces, en el campo de batalla. La libertad civil se adquiere día tras día, en las cámaras legislativas, en los tribunales de justicia, en la cátedra de derecho universitaria. Pero tanto la una como la otra se fundan en la ley, en el derecho, y requieren la aprobación y sostén del estado, de la nación, y del poder normativo y coercitivo, que, en una democracia, solamente la nación, y no los individuos, pueden ejercer. Las guerras civiles son típicamente aquellas que se han librado para definir y determinar este poder, que la nación o el estado van a ejercer en nombre de todos los ciudadanos, del cuerpo político, para proteger a cada ciudadano en particular en el disfrute y ejercicio de su carta de derechos. En contraste con estas dos libertades ligeramente bosquejadas, la libertad humana no es consecuencia de una conquista histórica, sino dotación del ser humano esencial a su estructura, por lo cual propiamente podría llamársele libertad ontológica.

Para comprender con mayor facilidad este concepto de libertad como dotación ingénita, ínsita en la propia estructura del ser, vale establecer una analogía con el perfume de la flor. A ojos cerrados podemos decir, sin equivocación, si la flor que se pone bajo nuestra nariz es una rosa, o un clavel, o una azucena. Y podemos distinguir la flor por su perfume a ojos cerrados porque el perfume es una dotación ingénita de la flor, pertenece a su estructura, se puede definir a la flor por su

perfume. Al decir: “ésta, que yo no puedo ver, es una rosa, porque huele a rosa, o es un clavel sevillano, porque huele a clavel sevillano” definimos el ser por una cualidad que le es esencial. Es así como la libertad humana es esencial al hombre o a la mujer, desde el mismo momento que son engendradas en el antro materno. La libertad política y la libertad civil emergen, apareciendo en el curso de la historia humana, vienen a ser lo que antes no eran; pero la libertad humana viene a ser lo que antes ya era—la potencia se transfigura en acto.

Cuando leí, por primera vez, el comienzo del *Contrato Social*, de Juan Jacobo Rousseau: “Todos los hombres nacen libres y por dondequiera los vemos encadenados”, pensé enmendarle la plana al gran pensador diciendo: “No nacen libres, sino para la libertad”. Lo entendí solamente en el sentido político y civil. Cómo es posible que a la más desvalida de todas las criaturas al nacer, se le proclame libre. Sin embargo, en potencial lo es, en efecto, es la única libre, por esencia, entre todas las criaturas.

La libertad humana es un crecimiento, como el propio ser. Cuando Lincoln, o Franklin D. Roosevelt, o cualquier vecino a quien ustedes nunca conocieron, a quien sólo sus familiares y vecinos más cercanos conocían por su nombre, llegan a viejos y se mueren, tanto Lincoln, como Roosevelt, como este Juan de los Palotes, cuyo nombre nos es desconocido, son los mismos que eran cuando fueron engendrados. Sin embargo, aunque eran los mismos eran también otros. Llegaron a ser lo que ya eran. Lincoln no nació siendo redentor; Roosevelt no nació proclamando las cuatro libertades de la *Carta del Atlántico*, pero cuando alcanzaron este nivel la libertad que estos dos héroes proclamaron fue en ellos potencia humana antes que acto político o civil, cumplimiento de la misma libertad humana con que Dios les dotó al ser engendrados. Y este nivel que ellos llegaron a ser, transfigurándose en lo que ya eran al nacer, es el supremo fin de toda educación: el enriquecimiento, la rectificación y el cumplimiento de la libertad humana.

II

Desearía, ahora, concentrar en el concepto mismo de libertad humana, en contraste con el concepto de necesidad natural. En la naturaleza no hay libertad sino solamente necesidad impuesta, *élan*, a la Bergson, o *Triebe*, a la Freud, disparado hacia el cumplimiento de pa-

tronos fijos de crecimiento e interacción. Los seres humanos son, a la vez, necesidad natural y libertad potencial. Esta tensión entre la necesidad natural y la libertad potencial del ser humano, es, justamente, lo que imparte a la vida humana su gloria y también su precariedad angustiosa. Porque el ser humano es, antes que nada, naturaleza, y como tal, sujeto a la necesidad natural. El apóstol Pablo, al escribir a los cristianos de Roma, dice: "Porque las criaturas sujetas fueron a vanidad, no de grado, mas por causa del que las sujetó con esperanza. Que también las mismas criaturas serán libradas de la *servidumbre* de corrupción en la *libertad* gloriosa de los hijos de Dios" (Romanos VIII: 20-21). En esta misteriosa visión apostólica, el contraste entre la *servidumbre* de la naturaleza, cuyo signo es la muerte y la *libertad humana*, cuyo signo es la resurrección del Hijo de Dios, es, no solo manifiesto, sino la primera expresión del núcleo creador del pensamiento paulino.

El ser humano, en cuanto realidad, natural, es una síntesis de las tres unidades básicas que constituyen toda naturaleza: el átomo, unidad físico química; la celda o célula, unidad bio-química; y el organismo, unidad ecológica. Hasta donde llega el límite de la ciencia actual, no conocemos ninguna otra unidad que sirva de fundamento a la naturaleza. Parece que esta triada proporciona las piedras angulares sobre las cuales ha levantado el Creador la infinita fábrica de su cosmos. El ser humano, en cuanto criatura, se funda también sobre estas tres unidades básicas: la atómica, la celular y la orgánica; sin embargo, como se verá más adelante, el ser humano crea otro hogar. "Por la fe", dice el escritor de la *Carta a los hebreos*, "Abraham salió sin saber donde iba. . . porque esperaba ciudad con fundamentos, el artífice y hacedor de la cual es Dios". En cuanto es naturaleza, su ecología es eso que los alemanes llaman el ámbito vital, *Lebensraum*, pero en cuanto ser humano propiamente dicho, su ambiente es otro, el cual él mismo crea en virtud de su libertad potencial.

Esta ecología se funda sobre otros elementos de creación que no son ya los naturales. El análisis preciso de esos factores nos da la diferencia exacta, la frontera entre el hombre como naturaleza creada y el hombre como espíritu creador. A este ambiente vital que el hombre crea para sí mismo, llamamos cultura. La cultura no es lo diametralmente opuesto a la naturaleza, sino lo que la supera, es lo que el hombre añade sobre la naturaleza, lo verdadera y ordinariamente sobre-

natural. Así, pues, la cultura, el ambiente vital específicamente humano, no es lo antinatural, o contra natural, sino lo sobrenatural creado en función de la libertad humana u ontológica.

La necesidad natural está estrictamente definida por el ejercicio de tres funciones básicas: la nutrición, el sexo y la defensa. Toda la naturaleza viva funciona por patrones fijos e inalterables, para reproducirse, para procrear y desarrollarse de acuerdo con un ciclo vital, hasta la muerte, y para defender su existencia, hasta agotar todas las posibilidades de su ciclo de vida. El hombre en cuanto es naturaleza, no puede escapar estas funciones básicas de la necesidad natural; pero en cuanto es espíritu creador, el hombre transfigura culturalmente estas necesidades naturales, y apoyándose en ellas, da un salto a la inmortalidad, por sobre su propia estatura. Todas las fuerzas atómicas, celulares, ecológicas; toda su necesidad sexual, nutricional y defensiva, se metamorfosea en una nueva creación: la cultural.

La piedra es naturaleza creada, pero el edificio de piedra, o el puente de piedra, o la calle de piedra, o la estatua de piedra, es naturaleza transfigurada por el espíritu creador del hombre y convertida en cultura. En la naturaleza hay arena, que bajo calor y presión podría convertirse en vidrio o cristal natural, pero jamás podría convertirse en botella, o en copa, o en cristal de Murano. Porque la botella, o la copa, o el cristal, son ya sobrenaturaleza creada por el hombre. Y así como este ejemplo, el ser humano transforma los mil y un detalles de su necesidad nutricional, sexual y defensiva en lenguaje, en religión, en derecho, en sociedad, en arte, en ciencia biológica, en ciencia química, en matemática y en tantas otras cosas que constituyen el mundo de la cultura, no creado por Dios sino en función de la libertad humana.

Antes de pasar a otra consideración, quisiera detenerme, aun por breves momentos, para analizar los factores dinámicos que constituyen esta función humana y la cual hemos denominado libertad ontológica. Aunque parezca pedantería seguir procediendo por triadas, lo cierto es que, al cabo de pacientes estudios, he podido aislar solamente tres factores dinámicos de esta función: la imaginación, la capacidad abstractiva y la capacidad simbolizante. Estas tres capacidades están presentes sólo en la naturaleza humana. Hasta donde puedo descubrir, la naturaleza infrahumana carece de imaginación, así como de capacidad abstractiva y simbolizante. De primer intento, parece aventurado afirmar que la infinita variedad de la naturaleza no denote imaginación, y

sin embargo, así es. Evidentemente la infinita variedad de la naturaleza no se origina en sí misma, sino en una causa o fuerza creadora extranatural, a la cual el Apóstol llama: "El que la sujetó con esperanza", es decir, Dios. Conozco personalmente y sé de renombrados y famosos pensadores que no están conformes con esta afirmación, entre ellos el más famoso y conocido de todos los pensadores norteamericanos contemporáneos, John Dewey. Y me es doloroso admitir que John Dewey está en numerosa y distinguida compañía. Sin recurrir a complicados argumentos, de carácter científico o teológico, basta señalar al ordinario enjambre. A pesar del ingenio y maravillosa regularidad que se observa en la organización y funcionamiento de las abejas, y a la geométrica precisión de sus panales, sorprende notar que las abejas en los apiarios de Adán y Eva construían sus panales y seguían exactamente la misma organización funcional que la practicada hasta el día de hoy. En lo cual, no parece revelarse mucha imaginación natural. Esto, en cuanto a la esfera de lo biológico, porque si pasamos a la esfera de lo físico-químico, encontraremos que, a pesar de toda la maravilla de la estructura inter-atómica, siempre ha sido exactamente la misma, fundada en las sencillísimas bases que la sostienen hasta el día de hoy. En lo cual tampoco encontramos mucha imaginación en la naturaleza, pero sí la encontramos en el físico nuclear, que no ha cesado un solo momento, a partir de sus primeros atisbos en el secreto de la estructura atómica, para ir aprovechando cada día más y más, con pasmosa imaginación, los progresos acelerados de su ciencia.

En cuanto a la capacidad abstractiva, tal vez el mejor ejemplo sea el de número. Si por un lado la imaginación permite al ser humano el máximo disfrute y aprovechamiento, la mayor profundización del aspecto más recóndito de la existencia, por el otro lado su capacidad abstractiva le permite reducir a una mínima denominación universal, a un esquema sin contenido particular, todas estas experiencias, de modo que puedan manejarse con suma facilidad. Muy temprano en mi vida oía a mi abuela repetir que los dedos de la mano no son iguales, y ni siquiera dos hojas del mismo árbol. Pero esa infinita variedad de la naturaleza, la reducen las matemáticas a 10 esquemas, contando el 0. Sabemos que en la naturaleza hay unidades: una silla, y otra silla, y otra silla, son tres unidades diferentes, pero el tres, como tal no existe en la naturaleza, solamente en la capacidad abstractiva del ser humano. Es decir, no existe algo que sea tres, lo que existe es una unidad cual-

quiera repetida tres veces. Como tampoco existe el o, porque el o es la abstracción del ser hasta reducirlo a nada, lo cual es imposible. Un ser puede estar ausente para otro, o de un lugar, pero no puede reducirse a nada. Y sin embargo, con estas diez abstracciones universales, el ser humano puede sujetar y ordenar toda la infinita variedad particular de la naturaleza. Esto es justamente lo que llamamos la capacidad abstractiva, la reducción de lo particular y concreto a esquema universal sin contenido.

Ahora bien, estos esquemas sin contenido, los cuales son una realidad sólo en la mente humana, y el pleno disfrute de las experiencias concretas de los seres, lo cual proporciona la materia vital de las abstracciones, por el ejercicio de la imaginación, se expresan objetivamente en los llamados símbolos de la cultura.

La palabra es el instrumento simbólico más potente del hombre; pero además de la palabra, todas las creaciones del mundo cultural son también realidad simbólica. Qué es el microscopio sino el poderoso símbolo de la ambición humana de penetrar en los más recónditos secretos del mundo que le rodea. Qué es el telescopio, sino el símbolo de la ambición humana para alcanzar los más recónditos rincones del mundo de la lejanía. Qué es la rueda, el carro, el automóvil, el avión, el satélite, el cohete dirigido sino símbolos de la ambición humana para desplazarse dentro de su ecología con mayor celeridad que el pensamiento. No en vano el filósofo alemán llamó a las creaciones de la cultura objetivaciones del espíritu. Cada una de estas objetivaciones es el símbolo de la función libertadora que lleva al hombre a volar con su imaginación, con su capacidad abstractiva y con su capacidad simbolizante sobre su propia estatura, a trascender los límites de su necesidad natural.

La libertad humana no es solamente potencialidad que se convierte en acto, en acto creador o positivo: es también una responsabilidad moral, puesto que aparentemente es cada ser humano de por sí, quien va a determinar si su imaginación, su capacidad abstractiva y su potencialidad simbolizante van a integrarse en libertad para bien, o libertad para mal. Parece que por encima de la libertad humana, en el sentido creador, hay una libertad humana rectora, un poder de régimen, al cual llamo persona, que consiste en la potencialidad del ser humano para determinar las decisiones de su libertad; para impartir dirección a eso que el filósofo alemán llamó la objetivación del espíritu. Esto mismo

es no solamente el clímax, el punto más elevado de toda la educación y toda la cultura, sino también el aprendizaje más difícil puesto que forzosamente tiene que ser auto-aprendizaje, auto-determinación. Sobre mi decisión íntima, no hay maestro que valga, cada cual tiene que hacerlo en la más absoluta soledad, ante el sagrado altar de su mundo interior.

¿Qué va a determinar si una persona hará, momento tras momento, día tras día, al correr de su existencia, las decisiones que redunden en el enriquecimiento, corrección y cumplimiento de la libertad humana potencial? Ésta ha sido la pregunta más importante de todos los tiempos y el enigma más oscuro de todo progreso que el ser humano realiza. Si el progreso no va acompañado por el desarrollo de esta capacidad de decidir autónomamente lo que favorezca al aumento de su libertad creadora, será siempre un progreso bajo la constante amenaza de la ruina, de la frustración.

La imaginación, la abstracción y la simbolización se ejercen sobre cada una de las categorías de necesidad natural y sus infinitas manifestaciones. Las posibilidades de desviación son tantas como las posibles combinaciones de estas categorías y su transformación por los factores dinámicos de la libertad humana.

Pero antes de señalar la eficacia corruptora de estas desviaciones, convendría recordar la distinción entre mal natural y mal moral. Así como a ningún fiscal o juez se le ocurriría procesar a los volcanes chilenos que han causado tal destrucción en nuestros días, tampoco se le ocurriría procesar a una serpiente de cascabel por causar muerte a la víctima de su veneno. Tanto los volcanes como la serpiente son naturaleza, y carecen de imaginación, de poder abstractivo, de libertad responsable. El mal que producen es daño natural, pero no mal moral; ni es delito, ni pecado. Por el contrario, los seres humanos acuden a Chile con medicinas, con aviones, con toda suerte de protección, así como acuden donde la víctima de la mordedura de la serpiente y logran conquistar y vencer el mal de la naturaleza.

Sin embargo, no siempre es tan fácil acudir al santuario interior de los seres humanos, conquistar el mal moral que produce desastres socavando la libertad humana en sus propios cimientos. El mal moral consiste en utilizar equivocadamente las potencialidades que solamente existen en el hombre, y que todas juntas producen la función llamada libertad humana, para destruir justamente aquello que debe servirles

para satisfacer, por modo libre, y no por patrón fijo, las llamadas necesidades naturales. En su *Carta a los romanos*, ya mencionada, el Apóstol se pregunta: "¿Quién me libertará del cuerpo de esta muerte?" Ya sabemos que la muerte es el signo de la necesidad natural. Y él mismo contesta: "La ley del *Espíritu de vida en Cristo* me ha libertado. . ." Ese *Espíritu de vida en Cristo* es la clave de la libertad humana. Para el Apóstol, la actitud y orientación de Cristo hacia la existencia, la mentalidad de Jesús, es la esperanza de la libertad gloriosa (cf. *Colosenses* 1:27). No se trata del Cristo en los altares, o en los libros, o en la liturgia, o en el dogma, o en el arte. Esas simbolizaciones tienen que corresponder a una vivencia: la encarnación de la mentalidad de Jesús Nazareno en el hombre que vive. En aquel que encarnare la mentalidad de Cristo, en él hay libertad (cf. *Segunda carta a los corintios* III: 17). Por esta razón el Apóstol pide a los cristianos de la Galacia: "estar firmes en la libertad con que Cristo nos libertó" (*Carta a los galatas* V: 1).

Este espíritu o mentalidad de Cristo se descubre y conoce en contraste con la mentalidad de Pilato. Jesús no tuvo ni propiedad, ni familia, símbolos de la necesidad natural. En sus tentaciones venció la necesidad nutricional y la defensiva, la ostentación y el mando. En su *Sermón del Monte* ordena no acaparar, no afanarse por la comida, el vestido, el albergue: no resistir al mal, antes amar, aun a los enemigos. En el *Padre Nuestro* simboliza la libertad humana en la sujeción consciente de la voluntad del hombre al propósito cósmico y eterno del Creador. Éste es "el sentir que hubo en Cristo", y que debe haber en todo hombre libre (cf. *Filipenses* II:5).

La libertad humana, creada por la mentalidad simbolizada en Jesús Nazareno, se comparte, y en ello consiste eso que el *Credo* expresa como "la comunión de los santos". Esa libertad crece o se limita en la relación interpersonal de cada día. No puedo ser libre esclavizando a otros, sino procurando su libertad. Querer acaparar la libertad para mí sólo, en detrimento de la ajena, resulta inevitablemente en desviación o perversión de mis potencialidades, en la esclavitud de mi propia libertad humana, en la pérdida o adulteración de la libertad política y de la civil. Todas las verdaderas victorias logradas hasta el presente, por la libertad humana sobre la necesidad natural han seguido las directrices dinámicas del diseño de Cristo, y las venideras no serán diferentes.